

TOC. Descrito por la gran mayoría como un adjetivo, un rasgo de personalidad que te hace ser limpio, ordenado y cuidadoso, algo simple y pequeño. Descrito por mí como una tortura, una cárcel, una sentencia que te interrumpe la vida, ya sea al inicio, a la mitad, o al final. Es una enfermedad que no discrimina, ya que no entiende de raza, género ni edad. Para mí, ha supuesto un antes y un después, una piedra, un obstáculo, un punto y coma. Nunca supe que lo tenía, hasta que lo desarrollé de forma somática, y fue entonces cuando mi cuerpo empezó a pedir ayuda, a gritar desconsoladamente para que alguien lo escuchara, para que alguien entendiera que esos pensamientos, imágenes, ideas y miedos no eran “normales”, que necesitaba aprender a vivir, porque lo había estado haciendo mal hasta entonces. Ahí caí en un pozo muy profundo, porque no solo tienes que aprender a sobrellevar algo crónico, algo que va a estar siempre ahí, molestando, picando e irritando desde lo más profundo de tu ser, sino que también tienes que estar de luto de alguna forma, por esa vida que sabes que serías capaz de vivir, todo eso que serías capaz de hacer, todos esos lugares, hobbies y momentos que serías capaz de experimentar, pero que no vas a poder sentir, no de la forma que te gustaría, sin ese monstruo que siempre está ahí, escondido, aunque nadie lo haya invitado. Es una cosa odiosa, algo que en mi opinión me arruinó la vida, porque aunque estoy casi segura que nací con ello, no supe lo mucho que me condicionaba hasta ya bastante entrada en la adolescencia, y con ello entendí que hasta ese momento, había tenido que luchar y soportar más de lo justo y necesario, todo por un trastorno con nombre y apellido. Las noches sin dormir, las horas rumiando, los kilos perdidos, las lágrimas derrochadas, los amigos abandonados, los sueños destrozados, las vidas puestas en pausa porque en esos momentos no podemos hacer otra cosa que sobrevivir. Aunque yo he descubierto mucho sobre mí, como por qué no soy capaz de tomar decisiones, aunque sean tan sencillas como qué comer; por qué no valoro nada de lo que hago, aunque me haya costado sangre, sudor y lágrimas; o por qué me cuesta tanto salirme del guión y ser espontánea, no pienso que me haya aportado nada bueno, ni me parece justo la que es la típica frase de consuelo: “Dios le da sus peores batallas a sus mejores guerreros”, porque yo no pedí luchar, y podría haber seguido viviendo toda mi vida sin saber lo fuerte que soy, pero en parte esa es la cosa, si pudiéramos elegir, no elegiríamos estar enfermos. Y habiendo probado tantas terapias, tratamientos y medicamentos, estoy convencida de que la aceptación es una clave en la recuperación, porque hasta que no acepté que esta lucha era para toda la vida, y que no servía de nada desear despertarme un día curada y sana, estuve atascada en una espiral de desesperación, llegando a desear estar enferma de otra cosa, algo en lo que pudiera tener aunque fuera la más mínima esperanza de recuperarme, o algo que hiciera “correcto” el poder quedarme en la cama, sin tener que cumplir mis obligaciones como estudiante, hija, e incluso persona. Al fin y al cabo, es una enfermedad invisible y que pasa muy desapercibida, pues la gente no entiende la gravedad del asunto, y por mucho que intente explicarlo, nunca podré poner en palabras cómo me hace sentir, y el gran impacto que ha tenido en mi vida, llegando a quitarme las riendas de ésta y manejándome a su antojo.